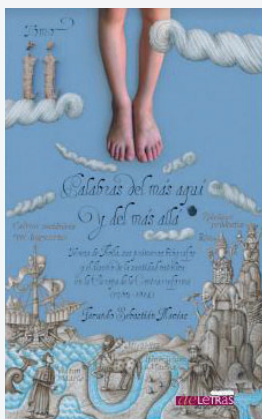


## Reseña

FRANCO MANUEL BLANCO | franco636@hotmail.com  
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires



### Palabras del más aquí y del más allá: Teresa de Ávila, sus primeros biógrafos y el diseño de la santidad católica en la Europa de la Contrarreforma (1562-1614) (Vol. 1 y Vol. 2)

- Facundo Sebastián Macías
- Institución Fernando el Católico, 2022
- Zaragoza
- ISBN 978-8499116501
- 568 páginas

La obra de Facundo Sebastián Macías se presenta como la culminación de un largo trayecto doctoral en torno al problema de la santidad en la Contrarreforma, y particularmente en torno al personaje de Teresa de Ávila y su relación con los hombres que, tras su muerte, se sintieron llamados a escribir por la gracia que percibían emanar de su recuerdo.

El aporte que propone Macías a la historiografía teresiana es una lectura más atenta a las complejidades interiores de la santa, así como la reflexión en torno a sus hagiógrafos tempranos, poco explorados en general. Los análisis que realiza el autor se basan en una profundización del sujeto autoral en la escritura histórica. Así, las descripciones y reflexiones sobre el pensamiento y sentires de los diversos personajes trabajados se abordan en tres niveles: el condicionamiento y la apropiación del *habitus* que realizan autores, las condiciones políticas que orientaban el desenvolvimiento de sus

estrategias literarias y, donde es posible, las experiencias psicológicas de los sujetos analizados. Sobre esto último, la influencia de autores como Frank Graziano y Moshe Sluvhosky, así como la historiografía de las emociones en general, le permiten llevar adelante una propuesta osada, pero no abusiva. La intención del autor es dar cuenta de sujetos históricos atravesados por dudas y contradicciones interiores, generadas por su encuentro con fenómenos de posesiones sobrenaturales pero también producidas y productoras de discursos.

A través de esta complejización del análisis de los sujetos, Macías busca mostrar como los dispositivos disciplinantes de la contrarreforma no actuaban de forma inequívoca, sino que eran resistidos, apropiados y distorsionados por aquellos sobre quienes actuaban. A partir de las fisuras en la uniformidad confesional, nacieron los grandes debates intraconfesionales propios de una confesión dinámica, impulsada y debatida desde adentro.

En primer tomo de la obra, se nos presenta una Teresa de Ávila que, en su doble rol de reformadora y visionaria, disputó el capital simbólico que garantizaba la legitimidad de sus experiencias espirituales y la reforma de las Carmelitas Descalzas. Macías nos presenta las letras teresianas como un acto de resistencia, un discurso crítico contra un control institucional hostil al acceso equitativo de todos a Dios. No obstante, su discurso no era una estrategia fríamente calculada. Además de la necesidad de mostrarse pura frente a la mirada eclesiástica, Teresa interiorizó elementos que condicionaban sus lecturas sobre su entorno y su propio ser.

El primer capítulo se orienta al problema de la mística femenina. Macías nos introduce a la concepción imperante sobre la mujer en la temprana modernidad. En ella, se sostenía una inferioridad física e intelectual que las hacía propensas a ser vulnerables espiritualmente. Si esto implicaba una mayor apertura hacia lo divino, se tendía a favorecer la sospecha de influencia diabólica en sus experiencias espirituales. En consecuencia, hombres ordenados debían intervenir en la formación de las mentes y los cuerpos femeninos para adecuarlos a modelos ideales. Teresa respondió apropiándose de este *habitus*, pero explotando sus posibilidades. Aunque aceptaba la inferioridad física de su género, planteaba la igualdad de las almas en su acceso a lo divino. A través de la oración y el contacto con Dios, que granjearía mercedes divinas a sus practicantes, se les otorgaría un conocimiento superior al erudito, capaz de permitir superar la subalteridad femenina al convertir el verbo femenino en verbo místico. Acrecentadas espiritualmente, la inferioridad que justificaba los límites al actuar de las mujeres en el mundo se desvanecía. La mujer podría hacerse escuchar y enseñar. Esto, nos advierte Macías, no implicaba que la interiorización de las ideas hostiles a la espiritualidad femenina no sembrara terribles incertidumbres e inseguridades en Teresa. La escritura era en sí misma una forma de confrontar sus dudas. Pero, en última instancia,

la teología mística se le habría presentado como un medio de superar sus temores y legitimar su proyecto de reforma.

En el segundo capítulo, Macías aborda el problema del demonio como principal obstáculo para la superación de la debilidad femenina en el pensamiento de Teresa. Como resume sintéticamente el autor, existían dos paradigmas dominantes sobre el demonio. El primero era el agustino, instrumento rígidamente subordinado a la divinidad, cuya actuación sobre el mundo se limitaba casi totalmente a la perversión de la voluntad a través del engaño. El segundo era el demonio tomista, que gozaba de un enorme margen de autonomía para corromper la conciencia y realizar terribles intervenciones sobre el mundo material. Teresa tomó principalmente la primera formulación, pero con influencias de la segunda. Su demonio era impotente ante la virtud y los actos volitivos como las buenas obras y la oración. El conocimiento de lo sobrenatural generado por la experiencia espiritual daba las herramientas para evitar sus engaños e ilusiones, tornando posible el autodisernimiento. No obstante, era inmensamente sabio y gozaba de autonomía suficiente como para probar no solo a los justos, sino atacar a los débiles, explotar patologías humanas, era causante de grandes eventos políticos como las guerras de religión en Francia y –rara vez– realizaba posesiones. Con el devenir de su vida, Teresa superó la preocupación interior respecto al Adversario, pero persistió su presencia en sus discursos, puesto que aun temía su influencia sobre sus lectoras.

En el tercer capítulo, se aborda el problema del discernimiento de espíritus y con ello la tensión entre el *charisma* paulino y la institución eclesiástica. Para Macías, en su doble papel de mística y reformadora, la monja concilió el autodisernimiento con el discernimiento institucionalizado. Si la experiencia contemplativa le permitía obtener el capital simbólico para atribuirse y que se le atribuyera el don infuso del discernimiento,

también se subordinó al examen de los confesores durante toda su vida. Este último ponía en entredicho toda la legitimidad acumulada por la santa, pero también era un lugar de diálogo –asimétrico– donde podía defenderse y desafiar a sus examinadores. La santa sostenía la necesidad de control institucional en los conventos para alcanzar la perfección. No obstante, fue disruptiva al defender la capacidad de las prioras de practicar el discernimiento al interior de los conventos, aunque en cooperación con los confesores. Sus escritos buscaban feminizar el control institucionalizado y para ello dotó a sus compañeras de criterios para tratar sus vivencias a nivel personal y conventual. Abría, entonces, la posibilidad, no exenta de conflicto, de una práctica religiosa femenina propia y genuina.

Al final del primer tomo, Macías presenta un interludio donde explica las pautas generales sobre la política jurídica de la Iglesia en torno a la canonización y las características del género hagiográfico. La canonización de Teresa de Ávila, insuficientemente explicable por la fama que sentó en su vida, debe analizarse ante todo por los sentidos que se le otorgó tras su muerte. El autor explica entonces que la construcción de discursos que dotaron de sentido a la imagen de la santa estaba condicionados por los dos factores ya señalados. El primero era el proceso de canonización cada vez más rígido y exigente, ante la necesidad de la curia romana de legitimar sus consagraciones frente a las críticas humanistas y protestantes, donde las virtudes, sobretodo, y los milagros, se requerían mutuamente para realizarse como evidencia suficiente de la santidad. En segundo lugar, las pautas de las *vitae sanctorum* como género, que habían evolucionado hacia representaciones más humanizadas de los santos, llegando a su máximo en el Renacimiento. A pesar de esto, las mismas estaban regidas historiográficamente por la *Historia Sacra*. La misma buscaba en los santos la reiteración en ellos de los signos divinos inmutables, con fines pedagógicos, procesuales –proveyendo evidencia

para la canonización– y polemista, acentuada desde el estallido de la Cristiandad.

En segundo tomo de la obra, Macías analiza la imagen de la santa que construyen sus biógrafos y como se delata en ellas el yo autoral. En términos generales, sostiene que las subjetividades políticamente situadas de estos hacían de sus hagiografías algo distinto a una mera expresión de los ideales de la Iglesia contrarreformista. Estos producen interpretaciones y representaciones heterogéneas, en mutuo diálogo, y en disputa por asignar significados al símbolo polivalente de la santa. Una santidad, en consecuencia, dinámica.

El cuarto capítulo de la obra aborda al agustino Fray Luis de León (1528-1591). De acuerdo con la crítica humanista, construyó un personaje a partir de la crítica textual y los testimonios oculares y las huellas que dejó en el mundo, así como la dotó de complejidad psicológica. Una Teresa sufriendo, en cuyo pecho lucha el bien contra el mal, pero que con el crecimiento de sus virtudes se quita peso al demonio (evolución omnipresente en los demás autores analizados). Siguiendo una lectura agustina, la santa extrajudicial aparece predestinada a ser milagrosa. Macías encuentra que su representación tiene las marcas de la resistencia contra el prepósito general descalzo Nicolás Doria, que pretendía suprimir las constituciones teresianas restringiendo las libertades monacales femeninas. A su vez, analiza el lazo emotivo que unía a Fray Luis con la santa. Encuentra en la escritura de este el dolor ante su incapacidad espiritual de acercarse a la unión con Dios. La lectura de las letras teresianas y la imagen de Teresa se le presentaban como un medio de acercarse, aunque lejanamente, a la unión con Dios que jamás logró.

En el quinto capítulo, se aborda la obra del jesuita Francisco de Ribera (1572-1591), quien empleó su pluma humanista para defender la santidad extrajudicial de Teresa. Para Macías, esta defensa era parte de su disputa contra el vuelque antimístico

que transitaba la Compañía. La llegada de los Generales italianos había impuesto la uniformización y la ruptura de la alianza con las monjas descalzas. Ribera presentaba una complementariedad entre la acción misionera jesuita y el favor divino que traían las monjas para la lucha interconfesional, expresado en la vida de Teresa en sus momentos de encuentro con los jesuitas. A través de la narración, defendió el papel de los jesuitas como rectores y guardianes de las mujeres contemplativas –es decir, su control– y la necesidad de un mayor peso de la *oratio* dentro de la Compañía.

El sexto capítulo aborda la producción de Jerónimo Gracián (1545-1614), figura íntima de la santa y personaje importante del comienzo de la reforma de las Carmelitas Descalzas, quien sin ser biógrafo tuvo un rol activo en la canonización. Sensible al paradigma gersoniano de discernimiento –basado en indicios exteriores de santidad–, como la caridad de Teresa, y sin aspiraciones personales a lo sobrenatural, describía a una santa –sin llamarla así por prudencia respecto al proceso– conductualmente perfecta y obediente al clero. En su énfasis en el amor de la santa, se delataba el amor recíproco que percibía de ella. Su subordinación a esa mujer, fuente de calma espiritual y mental, y la relación que tenía con ella, constituían una estrategia textual para heredar el capital simbólico de Teresa. Con este, pretendió reivindicar poder político frente a Nicolás Doria, quien finalmente lo expulsó, y tras esto, la autoridad con la que disputar la identidad descalza desde fuera.

El séptimo capítulo aborda la labor hagiográfica del carmelita Tomas Sánchez de Dávila (1564-1627), miembro de la rama italiana y, como Gracián, defensor de la unión entre la vida eremítica contemplativa con la misional, en oposición al rechazo de Doria respecto a la misión. Su Teresa aglutinaba ambos componentes. Macías señala que el autor se dejaba entrever en la construcción de una Teresa de fuertes mortificaciones y un

marcado celo apostólico. Sostenía que en su persona ambas finalidades de conjugaban. La mortificación además de prevenir el pecado y acercar a Dios, lo aplacaba, mientras pedía con su oración por el éxito de la Iglesia militante por recuperar las almas desviadas. A pesar de esto, debió resaltar las virtudes heroicas de la santa y la obediencia a los confesores, en conformidad con los parámetros de la candidatura a la canonización. Así, desenfaticó el papel del conocimiento divino, y por lo tanto inapelable por las autoridades letradas, de la santa en la práctica religiosa cotidiana. Finalmente, enmarcó a la monja en la *Historia Sacra* de la orden carmelita, que trazaba sus orígenes a la orden del profeta Elías. La complejidad psicológica de Teresa heredada de las otras hagiografías, quedaba subsumida como parte de un esquema obligatorio de repetición, borrando el papel de la mujer en su santidad. Su figura se teologiza y se torna angelical, deshumanizándose. Macías concluye el capítulo señalando que esta nueva imagen, respondía a los nuevos tiempos pesadamente confesionales donde lo humano perdía peso relativo frente a lo divino. La abstracción se eleva por sobre la referencialidad directa.

El último caso abordado es el de Juan de San Pedro y Ustároz (1564-1615), también carmelita descalzo de la rama italiana. Aunque fuese una síntesis de los contenidos de las hagiografías previas, estuvo marcado por la consolidación del proyecto eremítico-misional en la rama italiana –aunque era motivo de disputa en el conjunto de la orden– y el carácter avanzado del proceso de canonización. Los elementos que resalta Macías como particulares en su hagiografía son dos. Primero su voluntad de atraer el patrocinio de las elites paneuropeas para concretar el último tramo del proceso de canonización. Segundo la participación del autor en el pensamiento político contrarreformista, en torno al conflicto entre el actuar pragmático y los ideales cristianos propuesto por Maquiavelo. En consecuencia, su santa reformadora es representada como paradigma del gobernante contrarreformista. La prudencia

divinamente infundida, le permitían ser testimonio vivo de que el apego a los valores cristianos eran garantía del éxito político. Su hagiografía era también un dispositivo de confesionalización de esas elites europeas que se deseaba captar.

En conclusión, “Palabra del mas aquí y el más allá” resulta exitosa en mostrar como el surgimiento

de una santa no es una construcción perfecta desde una cúspide, sino el emergente de disputas intraconfesionales, tanto en la vida de la santa como en las de los autores de sus *vidas*. A su vez, el juego que realiza entre distintos niveles de análisis histórico y personajes representa un ejemplo sugerente de una forma innovadora e interesante de abordar la historia de las ideas.